

EL MISTERIO DE LA PALABRA

**Prof. Pedro Rafael RUEDA Filósofo,
Adscrito al Departamento de Filosofía.
Jefe de la Cátedra de Filosofía Antropológica.**

En lo alto
están las cosas grandes;
a ellas debemos hacer continua
referencia
para no ser tan pequeños.

Toda palabra humana lleva dentro de sí
algo misterioso e indescriptible:
Ese algo escapa a la lógica de pensar
y de actuar, incluso a los mismos sentimientos.

Sólo el corazón es capaz de aceptarlo
y comprenderlo sin llegar a explicarlo.
Ese algo o toque misterioso
nace de lo profundo del hombre,
ejercitado por la experiencia humana
capaz de transmitirse a los demás
y continuar siendo una incógnita para
sí mismo y para la vida.

Cada palabra es un poema de amor
de resurrección y de protesta
de aceptación y de revolución
pero siempre un poema.

La existencia del hombre depende en
gran parte de la palabra;
sin ella es un ser incompleto,
un ser sin mundo,
un no ser de la palabra;
es un no existir
un llegar a no poder reconocerse hombre,
un ignorar que existe y para qué existe.

Aquí radica la importancia de la palabra
como expresión humana de sí mismo ante el otro.

Podemos afirmar que el hombre es un ser
para la palabra.
Sin ésta carece de sentido su mundo

personal y colectivo.

La palabra es la dimensión plena donde
el hombre descubre su aquí y ahora,
su existencialidad en dimensiones trascendentales;
sin ella no existiría Dios para el hombre.

El mundo del hombre es un mundo de poesía,
de estrofas libres
como las que lleva por doquier en su pensamiento.
El hombre es un ser para la filosofía que en
definitiva nace con él.

Antes de que éste existiera, tuvo prioridad
la palabra, el verbum, que se hizo carne
y la carne se hizo mundo.

Aquí está el origen de la existencia humana,
origen que no conocemos bien
ni sabemos dónde y cómo termina
porque ella es un misterio.

El misterio más grande del hombre
es el hombre mismo.

Este ha sido y será la incógnita de la
humanidad,
sólo inteligible a través del corazón
y la fe, .
e inexplicable por el sólo "cógito humanus".

La palabra poética sobrepasa todos los niveles,
se enviste a sí misma,
da vida a su propio ser,
depende de sí misma,
y se presenta a lo humano con única e
indiscutible norma.

La palabra, al mismo tiempo es luz, color, música,
embriaguez, nostalgia sin límite,
sentimiento
indefinible
e indescriptible, no sólo de las cosas en sí mismas,
sino también de lo infinito. La palabra es realidad dada
para ser comprendida aunque no plenamente.

Toda palabra poética está preñada de vida interior
plena de sentido y de sentimientos
con diferentes grados de participación
para todos aquellos, que se abandonan
a ella; es concentración en una atención
ininterrumpida.

Tener conciencia de lo que nos rodea
es producto de la palabra, aunque sepamos
que ésta nos viene del hombre pero sin saber
ni el dónde ni el cómo se origina.
Hablar en el pleno sentido semántico
es sentirse epicentro del universo entero,
es reconocernos las criaturas más perfectas
y más bellas por antonomasia, es sabernos
partícipes y continuaremos de una creación
cotidiana en la pura palabra, y a través
de ésta.

La palabra
tiene su razón de ser en el silencio,
es a partir de él que adquiere dimensión y
significado.

El silencio y la palabra coexisten
de tal manera que uno sin el otro no tienen razón
de ser,
ya que la palabra es ante todo silencio
y el silencio es ante todo palabra.

La palabra es como la muerte y la vida;
la primera no tendría razón de ser sin
la segunda y ésta sin la primera.

El silencio es la técnica de la palabra
y ésta su sostén metafísico,
capaz de hacer sentir, vibrar y comunicar
un determinado poema.

El silencio es la palabra,
lenguaje amado por todos los poetas,
el más exaltado por los místicos
y por todos los hombres de espíritu.

Silencio y palabra son luz y oscuridad
y a un mismo tiempo,

son verdad y eternidad, es el ser y el no ser,
es el ayer, el hoy y el futuro
y en ellos está el eterno presente:
el aquí y el ahora.

El silencio y la palabra es el pensamiento
de Dios y la memoria del hombre.

El silencio es la paz
que libera a un corazón que grita
porque hay palabras que le oprimen.

El lenguaje del hombre
viene a ser memoria del silencio,
privada en una literatura de palabras
para expresar su angustia, su dolor
sus ansias de liberación.

El único capaz de hablar en nuestra soledad,
en nuestro desierto interior,
en nuestras palabras carentes de sentido
existencial, es Dios.
Cualquiera otra voz fuera de él será
siempre incomprensible, noche sin día.

La voz exterior de la palabra nos sirve
para comunicarnos con el mundo exterior;
el silencio, voz interior de la palabra,
nos permite, en cambio, comunicarnos
con nosotros mismos y con Dios.

El silencio
es el único discurso ininterrumpido
que nos hace comprender
lo que realmente somos, y nos permite aceptar
aquello que a través de la palabra dicha
nos resulta incomprensible.

Sólo y a través del silencio en la palabra
es que el hombre puede aceptar, comprender
y amar lo trascendente.

El único capaz de darle sentido a la existencia,
y su primera y última razón de ser, es Dios.